

PINOCHO

AÑO VI
NUM. 277

25 cts

8 JUNIO
1930



— VAMOS A VER PINOCHO: ¿QUÉ MEDIAS SE LLEVAN POR FUERA DE LOS
ZAPATOS?
¡.....!
¡LAS MEDIAS SUELAS!

PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANELLA Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

tuvieron que subir al tablado de la guillotina. Como es natural también se

condenó a Kōwaes en contumacia a trabajos forzados, aunque los jueces supieran muy bien que la suya no era sino una condena *pro-forma*. Además, para computar todos los años de cárcel que habían sido impuestos al famoso ladrón, por todos los tribunales del mundo, no hubieran bastado las vidas de veinte hombres.

La propiedad de Larouchy valió al Estado la bonita suma de seis millones de francos. El Banco Fayollet con todas sus numerosas sucursales fué liquidado; recogidos los créditos, pagados los acreedores y reembolsados los depósitos y las acciones, aún se obtuvo el enorme beneficio de veintitres millones que constituían la fortuna personal de Fayollet. Otros dos millones dió la confiscación de los bienes de Foichant y de Armagnac. Dificilmente el Estado, que suele ser tan pésimo administrador, habría podido emplear mejor sus propios capitales; cerca de un millón de francos, había producido en efecto en menos de nueve años más de treinta veces su valor.

El 15 de septiembre, el capitán D'Alimand fué reintegrado mediante una ceremonia solemne y conmovedora en su antiguo grado; y

el 3 de noviembre, en Tolón y en presencia de la escuadra, fué condecorado y promovido al grado de contralmirante.

El buen Enrique exultaba. Padre e hijo, de por vida inseparables, volvieron a París hacia mediados de mes, uno para promover en el Ministerio el expediente de su retiro, y el otro para presentar su dimisión en *L'Actualité*. Enrique había resuelto renunciar al periodismo militante e irse a vivir con el padre en Cherburgo, su ciudad natal, donde se dedicaría a trabajos literarios de largo aliento y a los estudios sociales y filosóficos por los que era apasionadísimo. Sentía la necesidad y el deber de compensar ampliamente a su padre el doloroso apartamiento de los largos años de la deportación, y de amarle con la mayor ternura, consolarle y hacerle olvidar el atroz insulto que había injustamente soportado y los inenarrables sufrimientos que parecía no debieran tener ya esperanza de alivio; y nada era más conmovedor que el espectáculo de aquella senectud precoz serenándose y fortificándose al lado de aquella juventud al fin dichosa.

El 17 de diciembre se publicó el decreto por el que se retiraba a D'Alimand con el grado de almirante; entonces, padre e hijo anunciaron a los amigos que en día próximo dejarían la capital. Pero el príncipe Nojowamaki les indujo a quedarse hasta últimos de mes. Quería cumplir el voto y realizar el augurio hecho un año

antes, celebrando la Navidad en su palacio de Neuilly para honrar al almirante y glorificar la victoriosa empresa.

En la elegante y suntuosa morada japonesa, se dieron, pues, cita la tarde del día de Navidad casi todos los invitados del año precedente. Estaban además D'Alimand padre, Mandiguet y Hodgsonfield, éste último procedente de Londres de donde había venido exprofeso. La recepción y la comida fueron dignos de la condición señorial y opulenta del exótico anfitrión, y los brindis innumerables fueron himnos jubilosos en celebración de nuestro triunfo y el de la justicia, de aquella victoria que, en el mismo lugar y por las mismas personas, había sido vaticinada y entrevista la Navidad anterior con tantas esperanzas y tantos entusiasmos.

A estos homenajes de simpatía y admiración, el almirante D'Alimand intentó en vano responder. Con la copa levantada en la trémula mano, el buen viejo no pudo más que repetir dos o tres veces la palabra «¡Gracias!» porque los sollozos le ahogaron en la garganta las demás palabras y las lágrimas le empezaron a correr copiosas por las mejillas, mientras los asistentes, todos en pie, aplaudían conmovidos.

El árbol de Navidad que se alzaba en el salón, centelleante de farolillos multicolores,

nos reservaba una grata sorpresa. No sustentaba, como el otro, graciosas obras de arte japonesas; de las ramas, entrelazadas con argentados festones y con flores, pendían numerosas medallas de oro que el príncipe había hecho acuñar para ofrecerlas en esta ocasión a sus convidados en recuerdo del memorable acontecimiento; y esta genial y delicada idea aportó una nota más digna aún y más solemne a la simpática fiesta.

La medalla, de elevado precio artístico, reproducía por un lado el mapa planisférico trazado por Enrique cuando la sibilina indicación de la media carta había impulsado a consignar gráficamente en una hoja de papel el resultado de sus observaciones: los continentes, de una precisión maravillosa en el tenue relieve, estaban cortados netamente por las dos líneas de los paralelos 28° y 17'.

En la otra cara, y en grandes letras, se leía esta hermosa sentencia:

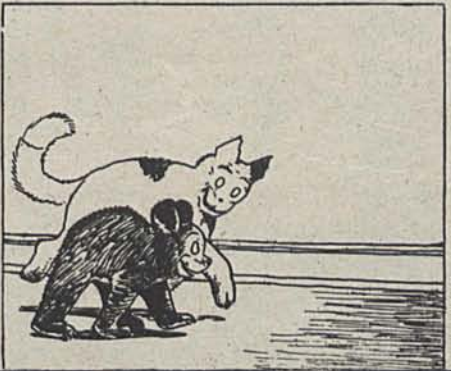
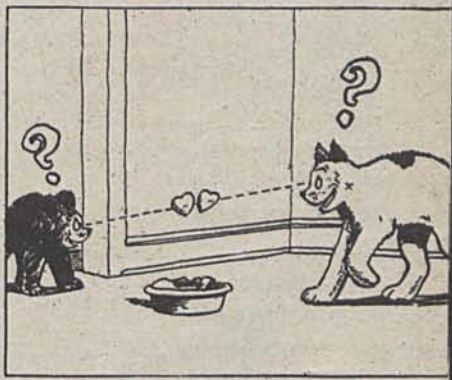
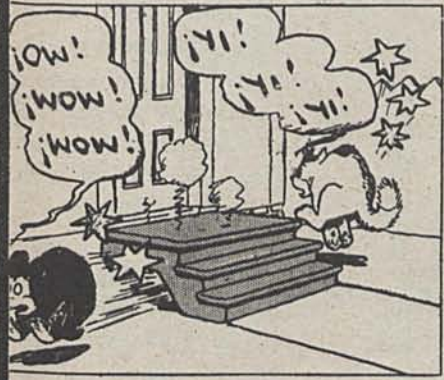
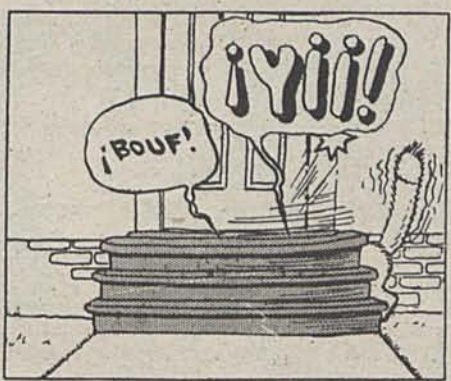
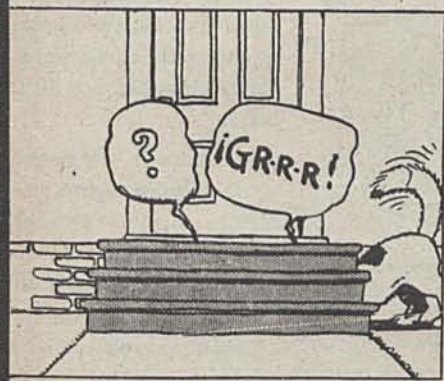
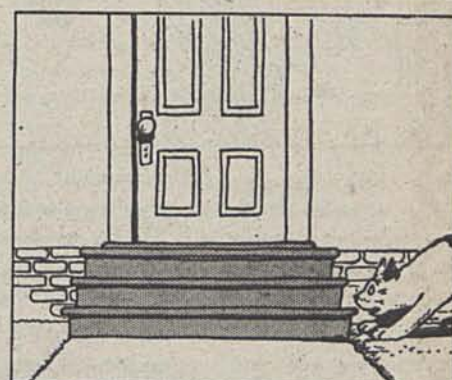
Ex Amore
Lux
Veritatis Justitiæ.

FIN



ANITA

BUEN- CORAZON





LOS PIRATAS DEL REEF

(Continuación)

—Aprobado, capitán—respondieron todos los marineros.

Al caer la tarde fingieron quedar dormidos sobre sus lechos de hojas secas y esperaron pacientemente el momento para evadirse.

El capitán que rondaba silenciosamente tras la empalizada vió que sus guardianes encendían el fuego, cenaban alegremente y después de hablar un poco se acurrucaron en torno a las hogueras bien envueltos en sus chilabas pues las noches eran sumamente frías en lo alto de aquellas montañas.

A eso de la media noche, viéndolos ya dormidos y oyéndoles roncar llamó a sus marineros y les dijo en voz baja:

—Muchachos, este es el momento mejor; no hagáis ruido ninguno porque nos va en ello el perder la cabeza.

—Estamos dispuestos a todo—, dijeron unánimemente aquellos pobres diablos.

Los más robustos se colocaron tras la empalizada y los más ágiles saltaron sobre sus hombros para alcanzar el borde superior del recinto: uno de los más ágiles se había puesto a horcajadas sobre el muro y alargó el brazo para ayudar a subir a su compañero. En ese momento sintió de improviso que le sujetaban por la pierna y le hacían caer hacia la parte exterior de la empalizada mientras un vozarrón ronco gritaba hasta desgañitarse:

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Que huyen los prisioneros!

Como un relámpago los rifeños que dormitaban en torno de la hoguera se pusieron en pie gritando, blasfemando y

disparando tiros contra la empalizada a riesgo de matarse ellos mismos.

Los marineros se apresuraron a echarse al suelo cuidando no caer unos sobre otros mientras su desgraciado compañero, aún aturdido por la caída era arrastrado hacia las hogueras por dos guardianes colosales que agitaban de continuo sobre él sus cimitarras como si quisieran decapitarlo.

El jefe despertado por aquel tumulto salió precipitadamente de su tienda seguido por algunos de su banda.

Informado de cuanto había sucedido entró en el recinto y después de haber comprobado que todos los prisioneros estaban allí acurrucados en sus lechos de hojarasca, se acercó al marinero que había logrado salir y tomó con su mano una gumiá:

—Ahora voy a ajustar las cuentas contigo —le dijo mirándole con suma ferocidad—. No me negarás que has intentado fugarte.

El pobre diablo que aún no se había repuesto de su caída se esforzó por balbucir algunas palabras para excusarse y negar que había tenido la intención de fugarse de aquel lugar donde, afirmó, se hallaba muy bien.

El jefe sólo le contestó con una sonrisa de hiena y luego, en tanto que los dos gigantes guardianes sostenían firmemente al desgraciado marinero a fin de que no hiciese ningún movimiento, con su gumiá le cortó limpiamente la oreja derecha.

—Esto servirá de lección a los demás—dijo luego—y también a vuestro Cónsul al que mandaré en seguida este sangriento trofeo para que se decida a pagar pronto vuestro





rescate. Hizo curar a medias al pobre mutilado que gritaba por el dolor y luego le mandó meter otra vez en el recinto recomendando a los vigilantes que redoblasen las precauciones.

No quiero describiros el horror experimentado por los prisioneros al ver aparecer en aquel estado a su compañero. Hubo un momento en que decidieron lanzarse hacia la empalizada, saltar y arrojarse en lucha suprema contra aquellos crueles montañeses. Afortunadamente prevalecieron los consejos del capitán y su rabia se desfogó lanzando una tempestad de imprecaciones dirigidas contra el cabecilla.

De este modo se evitó una matanza general, pues los rifeños no les hubieran respetado y los mataran sin peligro alguno por no poseer los prisioneros ni un solo cuchillo en tanto que ellos estaban todos formidablemente armados.



Dos días después se presentó en el aduar un parlamentario enviado por el Sultán de Marruecos y el Cónsul inglés en Tánger, trayendo consigo las cien mil pesetas reclamadas por el rescate de los marineros y al momento fueron puestos en libertad.

El jefe, digámoslo en su honor, después de haber contado escrupulosamente las pesetas hizo abrir la puerta del recinto para que saliesen los prisioneros: les ofreció además una suculenta comida y extremó su cortesía hasta regalar al marinero desorejado un magnífico yatagán.

Al filo del mediodía los prisioneros salían de la aldea rifeña muy contentos por aquella feliz solución excepto el mutilado que no cesaba de lamentarse por la pérdida de su oreja.

El parlamentario, que era un oficial del ejército marroquí, les hizo descender por aquellas profundas barrancadas y valles y al llegar a una colina desde la que se dominaban

cinco o seis aldeas, mandó hacer alto.

—Señores—dijo después dirigiéndose principalmente al capitán—. Vuestro Gobierno además de haber reclamado del Sultán las cien mil pesetas para vuestro rescate como es su derecho por ser los rifeños marroquíes, nos ha pedido además el castigo de esos ladrones.

Ahora vais a ver un bellissimo espectáculo.

Sacó una trompeta que llevaba colgada del cuello y lanzó tres agudísimos toques que resonaron repetidas veces en los valles y montañas.

Poco después vieron los marineros tres fuertes columnas de soldados marroquíes que aparecían por tres profundos barrancos y comenzaban a lanzarse rápidamente al asalto contra los valles donde estaba la aldea rifeña. Poco después se oían violentas descargas de fusilería y algunos cañonazos. Los marroquíes atacaban vigorosamente a los montañeses haciéndoles salir de sus posiciones, quemando sus tiendas y apoderándose de sus bagajes y acémilas con el fin de recuperar las cien mil pesetas.

La batalla duró hasta bien entrada la noche y terminó con la fuga de los rifeños, plenamente derrotados. Dos días después al entrar los marineros en Tánger vieron colgadas de la puerta de la ciudad más de doscientas cabezas, entre ellas también la de aquel cabecilla cruel. ¿Creéis que haya sido suficiente aquel castigo ejemplar? De ningún modo. Cuando algún barco encalla en aquellas costas los rifeños no vacilan y siguen saqueándolos y haciendo prisioneros a los desgraciados marineros que las tripulan.

FIN



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



COMO SE CONOCE QUE HOY ES
DIA DE SAN TURULATO! POR
ESO REPICAN TAN
GORDO



BUENOS DIAS, DON TURULATITO. QUE
LOS TENGA USTED MUY FELICES EN COM-
PAÑIA DE MI PERSONA, SI ES QUE ME
VA USTED A CONVIDAR



Y SI NO ME CONVIDA, PERMITA DIOS QUE
LE SALGA UN GRANO EN LA NARIZ PARA
QUE NO PUEDA SER FELIZ



SI NO FUERA POR EL MIEDO QUE LE TEN-
GO A LOS GRANOS TE IBA A CONVIDAR
TUTIA. PERO ASI TE LLEVARÉ AL
TEATRO



YA SABE LO QUE
SE HACE, PORQUE
HAY CADA GRANITO
QUE PICA MÁS QUE
UNA TAQUILLERA
DEL METRO

SI QUE ES USTED ESPLÉNDIDO, MI AMIGO; A
ESTE TEATRO YA ME HUBIERA CONVIDADO
YO SOLO..... ¡QUÉ VIDA ESTA!



¡RESPECTABLE PÚBLICO! VAMOS A REPRESENTAR
AHORA LA PRECIOSA COMEDIA TITULA-
DA "NO HAY COSA MÁS DESGRACIADA, EN
ESTE MUNDO TRAIADOR, QUE VIVIR CON UN
SEÑOR, QUE NO QUIERA
GASTAR NADA"



¡QUÉ ELOCUENCIA
MÁS CONMOVEDO-
RA!

ESTE QUE VEIS ES DON TURU
EL DEL INMENSO MOSTACHO
EL DE LA NARIZ DE TRONCHO
Y CARA DE MAMARRA-
CHO



¡MI ABUELA!
¡LA QUE SE
HA ARMADO!

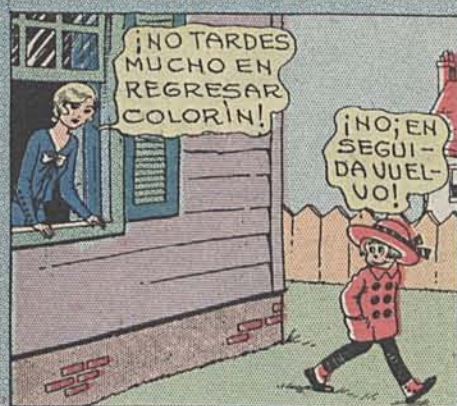
Y COLORÍN, COLORAO,
QUE LA FUNCION SE HA ACABAO.



Coquillo



COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

PASCUAL EL ZAPATERO

Casallo

UNA vez había en un pueblecito de Alemania un zapatero remendón, cuyo trabajo apenas bastaba para sostener a su esposa y a sus seis hijos. Al pobre todo se le volvía meter y sacar la lezna y dar cerote al cáñano; pero, por más que cosía, enceraba y machacaba la suela, apenas ganaba lo estrictamente necesario.

Aguijoneado por la necesidad, empezó a discurrir el medio de salir de sus apuros; y una tarde en que vagaba por los alrededores del pueblo, tropezó con la tía Trampantojos, tenida por bruja, la cual le preguntó la causa de la tristeza que se reflejaba en su semblante.

—¿Cuál ha de ser?—repuso el zapatero—Figuraos que necesito una tahona para dar pan a mis chicos, y no tengo ni un pedazo que llevar a su boca?

—Pues si quieres ser rico y poderoso—repuso la vieja—, puedes serlo en breve. No lejos de aquí, en un sitio que yo te indicaré, se esconde el famoso anillo de Ortruda, perdido hace más de doscientos años. Este anillo es un talismán que da la riqueza y el poder, pero no la dicha, porque una maldición terrible cayó sobre él.

—No me importa la dicha, con tal que mis hijos tengan cuanto deseen.

—Pues para obtenerlo, según la tradición, se necesita un hombre que no haya conocido jamás el miedo, y que, con la espada desnuda, atraviere sin temor una cortina de llamas que arden de continuo alrededor del palacio de Ortruda, la cual duerme en él un sueño mágico de dos siglos. Pero hace falta que el que vaya no tenga miedo.

—¿Le parece a usted que le tendrá miedo a nada en el mundo un hombre con seis hijos, tres cuñadas, dos suegros, catorce sobrinos e innumerables primos?

—Me has convencido: tú eres mi hombre.

Díjole después la vieja el sitio en que se encontraba el palacio encantado, y se despidió de Pascual.

Al día siguiente despidióse de su familia el zapatero y se encaminó resueltamente hacia el sitio que la bruja le indicara. Una espesa arboleda le cerraba el paso; pero, haciendo uso de

su cuchilla a guisa de machete, cortó la maleza que había crecido entre los árboles, y franqueó aquella muralla vegetal. Al penetrar en el cerrado recinto sorprendió su vista un espantoso incendio, cuyas brillantes llamas amenazaban devorar a quien osara acercarse.

Pero Pascual no se intimidó, y, avanzando resueltamente, penetró en el fuego como quien va a una feria. Las llamas no le quemaron, y, atravesándolas de parte a parte, se encontró frente a un palacio de maravillosa arquitectura, construido, sin duda, por misteriosos genios. Subió la hermosa escalinata,

abrió la entornada puerta principal, y en el vestíbulo encontró a Ortruda reclinada en una cama que fué blanda hacia doscientos años; y que estaba cubierta de espléndidas colchas de damasco y oro. En la mano derecha ostentaba el terrible anillo del poder y la fortuna. Pascual no vaciló, y, acercándose a la Princesa y cogiéndola de un brazo, la sacudió diciendo:

—¡Vamos, señora, que ya es hora de tomar el chocolate!

Abrió Ortruda los ojos con asombro, miró con extrañeza a Pascual, y le dijo con voz soñolienta:

¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Qué deseas? ¿Qué es eso de chocolate?

—¡Pues no es usted poco preguntona! Pero, en fin, está usted en su casa, soy Pascualillo el zapatero, deseo el anillo que tiene usted en la mano, y el chocolate es

una cosa muy rica que no se conocía cuando empezó usted a dormir, y que se compone de cáscara de castaña, mendrugos molidos, polvos de ladrillo y un poco de azúcar. Pero, en fin, suelte el anillo, y lo demás son cuentos.

—No lo tendrás, porque antes dejaré que me cortes el dedo.

—Por eso no ha de quedar, y aun cuando fuera preciso cortarle a usted la mano.

Y, sacando la cuchilla, hizo ademán de cortar; pero Ortruda no quiso quedarse manca y le entregó el anillo diciéndole:

—Toma, y cuando te canses de él devuélvemelo, porque voy a echar otro sueñecito de quinientos años.

—Pues que te aproveche la siesta, mientras yo doy un paseo de tres mil.





Púsose el anillo al dedo Pascual, y en el instante se encontró magníficamente vestido, trocándose sus harapos en riquísimas sedas con bordados de oro. Al salir encontró en la puerta una numerosa comitiva de pajes y soldados que aguardaban sus órdenes. Montó un soberbio caballo lujosamente enjaezado, y partió a todo galope hacia su pueblo.

Llegó a las pocas horas de camino, produciendo su entrada general admiración. Detúvose la espléndida comitiva a la puerta de su casa, y, apeándose del corcel, penetró en la zapatería dando puntapiés a las hormas y al banquillo.

—¿Qué desea el señor Príncipe?—preguntó la mujer del zapatero.

—Pero, Gertrudis, ¿no me conoces? Soy yo, Pascual, tu marido.

—El señor Príncipe tiene ganas de broma—dijo la mujer—mi pobre marido ha muerto.

—¿Pero no te digo que soy yo?

Asustado al ver que no le conocían los suyos, miróse en un espejo y se espantó, porque estaba horriblemente desfigurado. Mandó a uno de sus pajes que entregase a Gertrudis una bolsa llena de dinero, y, montando a caballo nuevamente, se fué en busca de la vieja que le indicara el camino del palacio encantado. Hallábase ésta a la vuelta de su choza, y sonrió al ver acercarse al desfigurado zapatero.

—Te conozco, Pascual—exclamó alborozada.

—¡Gracias a Dios!—dijo el zapatero—; porque yo mismo ya no me conozco.

—¿Y qué quieres de mí?—añadió la vieja—Ya eres poderoso; ¿qué más puedes apetecer? Si quieres oro, podrás levantar con él una montaña; si quieres dominar, tus ejércitos cubrirán la tierra.

—Pero me falta la dicha, disfrutar mis riquezas y mi poder con los míos; nunca podré avenirme a vivir sin que mis hijos me reconozcan por padre, y por esposo mi mujer.

—¿Pues te figuras que lo vas a tener todo?... Con ese talismán se vence y se domina, pero el corazón sangra y llora.

—Hazme feliz y te daré cuantas riquezas quieras: tu cabaña será un palacio y tendrás a tu lado miles de servidores.

—Es inútil; la dicha y

las riquezas difícilmente van unidas.

—Pues, entonces, prefiero mi familia, mi casita, las facciones que antes tenía, mi juventud, mi donaire, aunque tenga que estar remendando zapatos toda mi vida.

Y, quitándose el anillo, lo entregó a uno de los pajes, diciéndole:

—Llévaselo de mi parte a la Princesa, y que buen provecho le haga.

Al punto desaparecieron pajes y soldados, y, sin saber cómo, se encontró en casa. Entonces sí le reconocieron todos; besáronle sus hijos, le abrazó su mujer y el hombre se sintió completamente feliz.

Contáronle que un Príncipe loco o bromista había querido pasar por Pascual, y que por medio de arte mágico había desaparecido.

Y entonces también refirió el zapatero la causa de su excursión, y, terminada ésta, empuñó el martillo, requirió la lezna y, cogiendo el tirapiés, exclamó:

—¡A trabajar!

Pero, al coger una horma, observó que pesaba horriblemente, y al fijarse en ella encontró que era de oro purísimo en vez de madera. Todas las demás hormas habían sufrido igual transformación. Quedó un momento preocupado, hasta el punto de que pensó tirar las hormas por la ventana, temiendo que con la riqueza viniera a su casa la desventura; pero, después de un momento de reflexión, exclamó:

Éste es, sin duda, el premio de mi amor al trabajo.

En efecto, la dicha se albergó en su casa, y a su muerte, que ocurrió muchos años después, legó a sus hijos una cuantiosa herencia que les permitió vivir con holgura, inspirándose siempre en las máximas de su padre.





¿QUÉ QUIERO SABER HOY?



—Dime, curiosísimo Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—¿Que qué quiero saber hoy, querido y sabio buho? Pues quiero saber si es cierto que las plantas sufren, como los animales, enfermedades producidas por los microbios.

—Ciertísimo, señor Chonón.

—¿Y a ti no te parece esto muy extraño?

—Extraño, no; curioso, sí.

—¿Quieres hacer el favor de hablarme de este tema?

—Con muchísimo gusto. Antes de todo he de decirte que aun cuando son absolutamente distintos los reinos animal y vegetal se confunden los dos en su base. Además la manera de vivir y de reaccionar según la influencia del medio exterior son idénticas en muchos casos.

—No te entiendo del todo bien. Aclárame lo que quieres decirme.

—Quiero decirte que lo que en los animales es beneficioso o perjudicial a su vida lo es también en muchos casos a los vegetales. O dicho de otro modo para que lo entiendas mejor. Las mismas causas provocan los mismos efectos.

—¿Quieres citarme un ejemplo? A ver si así lo acabo de comprender.

—Ya sabes que algunos venenos modifican la sensibilidad no sólo en los animales sino en el hombre mismo.

—Cierto.

—Pues esos venenos producen los mismos resultados en ciertas plantas. Así, por ejemplo, el cloroformo, que como tú debes de saber anestesia al hombre, causa también este mismo estado en la planta llamada sensitiva.

—A propósito, querido buho ¿por qué se llama sensitiva a esta planta?

—Porque ofrece la extraordinaria particularidad de que si se la toca o agita se alzan sus hojuelas y se repliegan doblándose su tallo como si la planta fuese a marchitarse.

—¿Y así se queda ya siempre?

—¡No, hombre! En cuanto pasa algún tiempo vuelve la planta a recobrar su aspecto de lozanía.

—¿Y a qué atribuyes tú esto?

—A que en la planta existen unos órganos de sensibilidad que se estremecen en cuanto algo roza con ellos.

Recientemente se ha descubierto que los vegetales pueden sufrir ciertas enfermedades producidas, como en el reino animal, por una invasión de agentes infecciosos comparables

en todos sus puntos a los microbios que alteran el funcionamiento normal del organismo de los animales. Estos elementos patógenos, como son las bacterias, infusorios, fermentos, etcétera, si no son precisamente los mismos los que perjudican a las plantas y los que dañan a los animales, son, sin embargo, de la misma naturaleza, y se encuentran en la tierra.

—Entonces las plantas los absorberán por sus raíces.

—Así es, en efecto. Y los animales los recogen por medio de los alimentos o por la respiración, y una vez instalados dentro del organismo, sea animal o vegetal, se multiplican, se propagan, y pueden, si llegan a ser muchos y fuertes, provocar la muerte del ser invadido.

—¿Y no hay modo de matarlos a ellos?

—Para eso están los medicamentos, mi querido Chononcito. Los grandes bacteriólogos Ramón y Cajal en España, Pasteur en Francia y otros muchos que pudiera citarte han consagrado y consagran su vida a los provechosos estudios y descubrimientos en esta materia. Para vencer a estos terribles enemigos los cultivan antes artificialmente en cuerpos de animales por medio de inyecciones subcutáneas y luego les aplican otras inyecciones de los microbios que va a destruir a los primeros.

—O sea que unos microbios declaran la guerra a los otros.

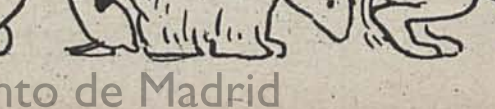
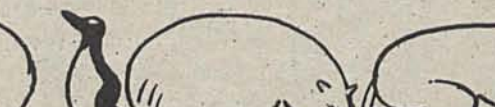
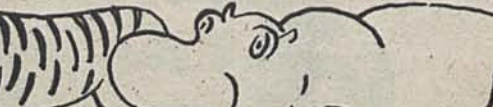
—Exactamente; y el triunfo será para los más fuertes. Pues bien, inyectando ciertos microbios nocivos en algunas plantas ha podido comprobarse que éstas enfermaban y llegaban a morir en algunos casos.

—¿Sin remedio?

—Según. Inyectando los microbios beneficiosos han dado en bastantes casos los mismos satisfactorios resultados que si se tratase de un organismo animal. Lo que demuestra bien claramente que los vegetales cuando son atacados por ciertos elementos nocivos adquieren enfermedades de las que pueden curar si a tiempo se les aplica el remedio apropiado.

Y ahora, como final de nuestra charla te diré que en Alemania existen en algunos jardines botánicos, hospitales de plantas, donde médicos especializados en las enfermedades de los vegetales cuidan a los inanimados enfermitos ni más ni menos que como si fueran perros, gatos o pájaros.

—Curiosísimo, querido buho, curiosísimo.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi amor va de excursión
Carmencita Lozano
6 años



Don Turulato
Julio Alcalde



El caballo de Pirula
José Luis G. Arnau, 7 años



Escena enternecedora
G. González Jerez
14 años



Mis amigos. - Paco Pino, 8 años



Marisa en el parque
Lolita Fernández



Un castillo de ruinas
Alfonso Constante



Un suboficial
Margarita Álvarez



Un niño
Concha Pastor



Lolita va a misa
Dolores Fraga



Doña Inés de Ulloa
E. Piquero



El Hada y sus pajes.—E. Piquero



Un rascacielo
Manuel Gustavo Bada
9 años



«Miss España 1930»
Mercedes Vázquez
12 años



El ganador de premios.—

Paco Pino



Una familia gatuna
P. Lorite



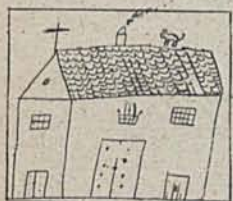
Un casco de guerrero
R. Rodríguez



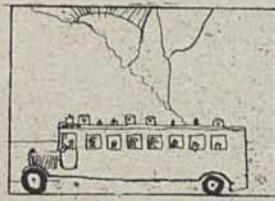
Mercedes Vázquez
12 años



Nieve.—L. Arenas



«El cortijo del abuelo»
Consuelo Fernández



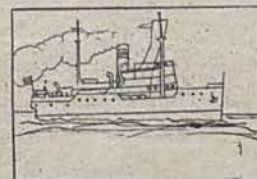
Un viaje a Asturias
J. de la Serna



Oriental
Fernando Barimol



Retrato. E. Cartón



Un barco.—José Escuche

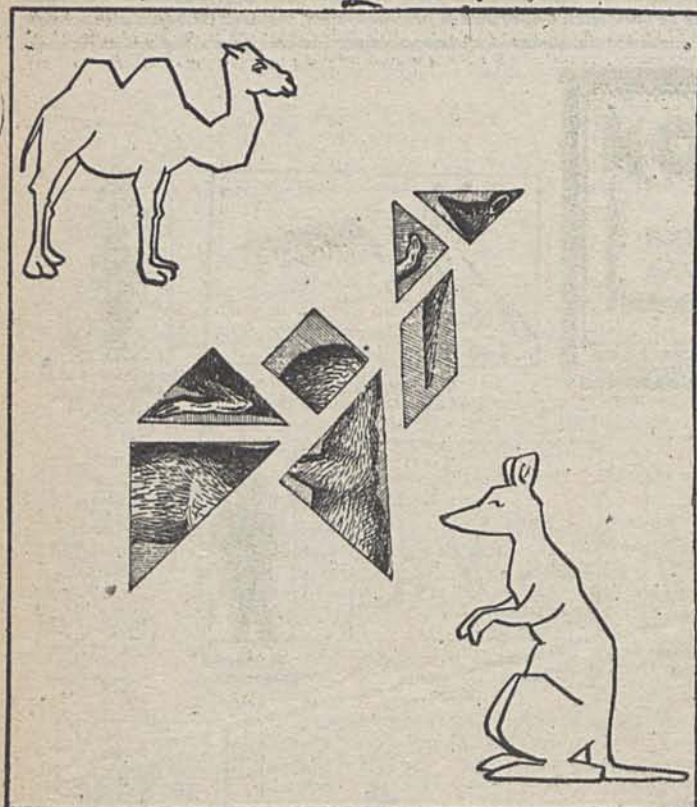


Teatro de Pinocho
María Mac-Donald
7 años

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

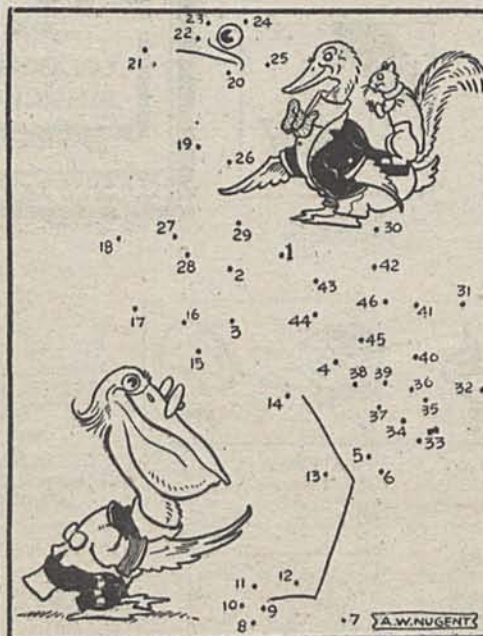
OTRO DESCUARTIZAMIENTO



Os acordáis del explorador de que hablábamos en el número pasado...

Bueno, pues aquí tenéis otro descuartizamiento. ¿Podréis también adivinar de qué animal se trata?

UN GRAN MISTERIO



¿Qué hacen esos dos animalitos en el aire?

Lo averiguaréis en seguida, sólo con trazar líneas que vayan de número a número, siguiendo el correspondiente orden.

LOS CUATRO PERROS Y EL CERDO (con perdón)



Cuatro perros y un cerdo (con perdón) iban en cierta ocasión por un país de elefantes. De repente vieron que por un camino venían tres de éstos acompañados por un delicado hipopótamo, y llenos de miedo, los cuatro perros y el cerdo (con perdón) se ocultaron rápidamente donde pudieron.

¿Sabréis vosotros encontrarlos?

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUEENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Rafael Ayllón.
Segundo premio.—Salvador Barrionuevo.
Tercer premio.—Joaquín Sandoval.
Cuarto premio.—Hermenegildo Giner.
Quinto premio.—Pilarín Rucoba.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Alejandro Martínez, M.^a Luisa Brunet, Valentín Ruiz, Jerónimo Paradinas, R. Alfonso Romero, Luis Vélez, Carlos Goyenechea, Arturito Navarro, Basilio Galvez, Petrita Costur y Ceferino de la Rosa.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE DICIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUEENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Juan E. Verdesoto.
(Guayaquil, Ecuador)
Segundo premio.—Víctor Padureano.
Tercer premio.—A. Laborda.
Cuarto premio.—María Caro.
Quinto premio.—Rosario Losada.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

José Pinillos, Erik Malthian, Andrés Ruiz de la Rosa, Juan Murcia, G. Sancho, Pepito García, Luz Sevilla, Rafael Melero, Luis Porras, Arsenio Almajano, Teresita Cerdán, M. Lacasa, Federico Cachernir, M.^a del Rosario Herranz, Carlos Bello, Ramón Romero, Antoñita Maqueda, Carlos Calvín, Polo Pino, Victoriano Pardo, Gabriel Álvarez, Dolores Villar, José Mirón, Nicasio Aranda, Elisa Hernández, Un desconocido, Conchita Clavell, Juan R. Sillo, Felipe de Angulo, Rafael Garrido, Rafael Díaz, Juan del Río e Inés Jaraquemada.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



CARLOS BABÉ.—Encantado con tu artagnán y tu «carabela». Ambas cosas son lindas de verdad y se publicarán a su tiempo. Un fortísimo abrazo.

EDUARDO MATAMOROS.—No te quepa la menor duda que tus preciosos dibujos merecen los honores de publicarse en mi revista y se publicarán ¡No faltaba más! Así como así el señor Cayetano es algo magistral. Siempre tuyo.

EMILIO ARIJA.—Con viento en popa y a toda vela ha llegado tu lindo barco a mi palacio. ¿Creeas que sólo había mar en San Sebastián? Pues ya ves que aquí también lo hay, querido Emilito. A su tiempo arribará el buque a las columnas de mi revista. Siempre, siempre tuyo.

PEPÍN CASTELLANOS.—Tu Bugatti es algo formidable y descacharrante. Digo esto último porque al que atropelle ese magnífico auto no deja de él ni la sombra. Se publicará a su tiempo. Tuyo.

GABRIEL ALVAREZ.—No tienes que darme gracias de nada porque tus dibujos, sin favor alguno, merecen los honores de la publicación y de las alabanzas más entusiastas. Abrazos.

MANOLITO CUESTA.—Imposible de todo punto decirte lo que deseas. Hasta que no salga el fallo no sé, ni yo mismo qué pasará. El secreto pertenece por entero al Consejo Pinochista. Siempre tuyo incondicional.

MARÍA DE LA CRUZ JIMENO.—¿No has leído, queridísima Marujita, lo que tantas veces he dicho a otros pinochistas que como tú me han enviado trabajos hechos a lápiz? No pueden reproducirse si no están hechos con tinta. No lo olvides y tenlo muy presente para envíos sucesivos. Abrazos a granel de tu siempre gran amigo.

JAVIER CUESTA.—No puedo decirte en qué número salieron tus dibujos pero tengo la seguridad absoluta de que se han publicado. ¿No conservas la colección de Pinocho? Muchos recuerdos de Currinche, a quien le han gustado extraordinariamente, como a mí, los dibujos últimamente recibidos. Tu gran amigo.

Pinocho



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

LA NAZIF DE LA CHINITA PA-TCHU-LI (FIN)

Lo que hizo la diabólica chinita fué agacharse, fabricar rápidamente una enorme bola de nieve y arrojársela a la vieja; es decir, querer arrojársela; pero resbaló en la nieve y ¡catapum! fué a caer de narices rodando hasta el pie de la cuesta. Se levantó echando chispas; la vieja había desaparecido... y a ella la nariz, llena de chichones, le había crecido unos veinticinco centímetros más.

Ahora, le pesaba tanto que le costaba a la infeliz un trabajo impropio no caerse hacia adelante al andar. Entonces se sentó, se cogió la cabeza entre las manos y murmuró:

—Decididamente, el hacer el mal no me da buen resultado.

—Has dicho la primera verdad de tu vida — dijo a su lado una voz severa.

Y vió al anciano de los bigotes amarillos que, por tercera vez, levantó un dedo y pronunció sus palabras misteriosas:

—¡Chi-fa-chu! ¡Li-pa-tu! ¡Pi-ta-fu!

Entonces apareció la nube de luz, envolvió a la chinita y se la llevó por los aires algo extrañada, pero bastante satisfecha con tan agradable medio de locomoción.

De pronto Pa-Tchu-Li notó que tocaba tierra; la nube y el viejo habían desaparecido.

Ante ella, se alzaba un maravilloso palacio de diamantes; a la puerta había un «gong» de plata; Pa-Tchu-Li se acercó y llamó a ver qué pasaba; lo que pasó fué que la puerta se abrió sola, sin que nadie acudiera y la nariguda chinita entró.

Recorrió salones magníficos; todo estaba desierto y silencioso. Al extremo de un largo pasillo, vió una escalera de caracol; subió, abrió una puerta y se encontró en una rotunda de cristal rosa; en medio, había una mesa, sobre la mesa había una jaula y dentro de la jaula había una paloma blanca.

Me figuro que al leer estas líneas, os acordaréis de aquel juego que consiste en repetir muy de prisa y sin equivocarse aquello de: «En Roma hay una plaza, en esa plaza hay una casa, en esa casa hay una puerta, detrás de esa puerta hay una escalera, en lo alto de esa escalera hay una habitación, en el centro de esa habitación hay una mesa, sobre esa mesa hay una jaula, en esa jaula hay un pájaro que canta y que dice: «Estoy en la jaula que hay encima de la mesa que está en el centro de la habitación que hay en lo alto de la escalera que está detrás de la puerta que hay en la casa, que está en la plaza que hay en Roma.»

Pero ahora no se trata de eso; este es un cuento de verdad y yo os lo cuento muy en serio.

La paloma que había en la jaula de oro que estaba encima de la mesa, en medio de la rotunda de cristal rosa, etc... no recitaba ninguna oración interminable; la pobre, tenía las patitas bárbaramente atadas con una cadena de platino y gimió al ver entrar a la visitante.

—Libértame, te lo suplico.

El primer movimiento de Pa-Tchu-Li ante el dolor de la palomita, fué encogerse de hombros y volverle la espalda; ¡solía importarle tan poco que sufriera un pobre animalito! Ella misma ¡había hecho sufrir a tantos!

Pero en aquel momento vió, en el suelo, la sombra de su nariz descomunal. Yo no sé lo que le pasaría por la imaginación; pero el caso es que sintió en la garganta algo muy raro, como un nudo, y en los ojos, algo húmedo.

Por primera vez en su vida, Pa-Tchu-Li la despiadada y malévola chinita vertía lágrimas que no eran de rabia.

Se acercó, abrió la puerta de la jaula, cogió dulcemente en sus manos a la paloma blanca y, con infinitas precauciones procedió a desatar la cadena que le sujetaba las patitas.

Mientras estaba ocupada en esta operación ¿sabéis lo que hizo la paloma? Pues fué y le dió en la nariz un tremendo picotazo.

Que ingratitud ¿verdad? Por un instante, Pa-Tchu-Li estuvo tentada de ahogar al pájaro desagradecido; luego, ella que tanto mal hizo siempre aún a aquellos que la hicieron bien, reflexionó... y siguió libertando a la paloma.

(¡Hay que ver lo que cambia a una persona el llorar de pena por el dolor ajeno!)

Apenas se vió libre, la paloma lanzó un arrullo de alegría, y ¡oh sorpresa! las alas se le cayeron como si se quitara un vestido y la paloma se convirtió en una joven bellísima que dijo con una voz tan dulce que parecía el tintinear de una campanilla de plata.

(Claro que lo dijo, como todo lo que se dice en esta historia, en chino; pero yo os lo traduzco por si acaso hay entre vosotras alguna Pirulinda, que no entiende el chino.)

—Soy el hada de las mariposas, hija del brujo Fu-Tchin-Kó; mi padre, enterado de tus fechorías por las quejas de todos los vecinos del pueblo, se propuso corregir tu maldad y veo que lo ha conseguido; pues al libertarme, has demostrado que te has vuelto tan buena como bonita.

Aquello de «Bonita» con semejante nariz parecía una ironía; pero al volver la cabeza hacia un espejo del salón, Pa-Tchu-Li lanzó un grito de alegría; el picotazo que le dió la paloma le había cortado la nariz y esta vez, no había vuelto a crecer.

¡Pa-Tchu-Li estaba tan bella como antes! Mucho más bella que antes pues su rostro sólo reflejaba dulzura y bondad!

Pa-Tchu-Li siguió siendo buena y cada día más, y su recompensa fué que todo el mundo empezó a quererla; pocos años más tarde se casó con un príncipe que se prendó de su belleza y de sus virtudes.

El brujo Fu-Tchin-Kó y el hada de las mariposas fueron padrinos de la boda y regalaron a la novia un magnífico retrato de nuestro gran Pinocho, para recordarle siempre la aventura que os acaba de contar.

